

WOLFF, ROBERT PAUL. 1998.
IN DEFENSE OF ANARCHISM.
BERKELEY, UNIVERSITY OF CALIFORNIA PRESS

Humberto Schettino

Durante un seminario de posgrado sobre teorías de la democracia, el profesor Benjamin Barber nos contó, a los miembros del seminario, una historia para ilustrar la responsabilidad de los intelectuales ante las consecuencias de sus ideas. Si mal no recuerdo, la historia se desarrollaba al inicio de los años setenta, en los que el activismo universitario en los Estados Unidos se había radicalizado. En este contexto, a un par de estudiantes universitarios se les ocurrió poner una bomba en el laboratorio de una universidad, con el fin de protestar contra las autoridades universitarias y, al hacer explosión el pequeño artefacto, mató al guardia de seguridad. Cuando como parte de las investigaciones se les preguntó a los jóvenes la razón de su atentado, adujeron que habían leído *In Defense of Anarchism*, que les había convencido el argumento y que estaban dispuestos a luchar, con las armas si fuese necesario, contra *toda* autoridad. Según el profesor Barber, cuando se le preguntó a Wolff su opinión al respecto, contestó que él no era responsable de la interpretación que se hiciera de sus escritos.

Independientemente de si la historia es cierta (no tengo por qué dudar de la veracidad de Barber) o del espinoso (e interesante) argumento respecto de si Wolff es o no responsable por las tonterías que cometen quienes leen sus libros, vale la pena reflexionar sobre la tesis fundamental que este pequeño libro propone, con motivo de esta reedición producida por la Universidad de California (el original fue publicado en 1970 y para esta reedición Wolff ha preparado un nuevo prefacio que, dicho sea de paso, no comenta el episodio de la bomba). La his-

toria de la bomba, aún si no fuese cierta, ilustraría el peligro fundamental al que puede conducir la difusión de las ideas que Wolff defiende. Wolff, como veremos, no es un comunista o un libertario, simplemente rechaza tanto en 1998 como en 1970, que *cualquier autoridad sea legítima* y, con ello, pone en duda el derecho a gobernar de las instituciones que, de hecho, organizan la vida pública en cualquier sociedad medianamente compleja. Como intentaré mostrar en este comentario, el texto de Wolff es un gran ejemplo de lo que sucede cuando se deja que el análisis filosófico quede libre de cualquier constreñimiento que no sea la coherencia del propio argumento.

El argumento es sencillo, y Wolff no sostiene, en el nuevo prefacio, la necesidad de cambiar nada respecto de la versión original. Wolff parte de la ética kantiana y del imperativo de la autonomía. Se trata, como señala en el prefacio, de hacer a la "... autonomía moral del individuo la pieza central de la teoría ética de Kant compatible con las exigencias de la autoridad que Max Weber ha identificado como la característica fundamental del Estado" [x]. Así, queda planteado el problema, desde el punto de vista teórico. Para Wolff, el supuesto fundamental de la moralidad es que los seres humanos son responsables de sus acciones [12]; si partimos de este supuesto, entonces tenemos que suponer, igualmente que los seres humanos son libres, pues de otra manera el supuesto de la responsabilidad carece de sentido. Si suponemos que los seres humanos son responsables y libres, tenemos también que suponer que son racionales, pues de otra manera no podrían elegir, y sin capacidad de elección no tendrían la posibilidad de comprometerse con sus acciones, o sea, de ser responsables [13]. Si todo esto es el caso, entonces, concluye Wolff, la característica fundamental del agente moral es ser autónomo: "Dado que el hombre responsable llega a las decisiones morales que expresa a sí mismo en la forma de imperativos, podemos decir que él se da leyes a sí mismo... En pocas palabras, él es *autónomo*" [14]. A partir de este argumento, Wolff propone una paradoja y un conflicto. Para Wolff, el mundo moderno impone a los ciudadanos una paradoja de la que, como veremos, no hay salida: por un lado, les exige, desde el punto de vista de la razón, la autonomía, pero al mismo tiempo los convierte en un objeto pasivo de la burocracia y la tecnología [17]. El conflicto, entonces, queda claramente planteado:

La marca definitoria del estado es la autoridad, el derecho a gobernar. La obligación primaria del hombre es la autonomía, el rechazo a ser gobernado ...

En este sentido, parecería que el anarquismo es la única doctrina política consistente con la virtud de la autonomía [18].

Este es, en unas cuantas líneas, el argumento de todo el libro, junto con su conclusión. Si se parte del imperativo de la autonomía, a Wolff le parece evidente que la noción de un Estado legítimo *de jure*, carece de contenido [19]. No obstante, Wolff concede el beneficio de la duda a los teóricos de la política y dedica un par de capítulos a analizar dos soluciones posibles a la paradoja del mundo moderno: la democracia directa y la representativa. Como el lector se podrá imaginar, Wolff rechaza que en algún sentido la democracia representativa y el gobierno por mayoría sean no sólo democráticos, sino justificables, más allá de justificaciones de orden prudencial y/o casuístico que son también desechadas, pues no responden a la consideración que a nuestro autor parece crucial para plantear el problema de la política: el imperativo *moral* de la autonomía.

Wolff simpatiza, como es de esperarse, con la democracia directa unánime, única forma de gobierno que, al menos en teoría (cosa en la que insiste), parecería resolver la paradoja de la modernidad. Sin embargo, Wolff la rechaza con base en consideraciones técnicas. Wolff se da cuenta de que imponer a la unanimidad como condición de posibilidad de la legitimidad, aún postulando ciudadanos racionales, haría imposible sacar adelante todas las decisiones y acciones que, en sociedades medianamente complejas, conlleva la función de gobierno [23-24]. Así que, sea porque no cumplen con el requisito de la moralidad (la autonomía), sea porque, de hecho, son imposibles (aún si, como Wolff insiste, sólo debido a problemas técnicos), aún las democracias no resultan ser la solución a la paradoja de la modernidad, lo que nos deja, claramente, con dos opciones que Wolff presenta en el último capítulo de su libro: o declaramos ilegítimas a todas las formas de gobierno y, por tanto, aceptamos al anarquismo como única teoría política aceptable, o abandonamos el imperativo de la autonomía [71]. No obstante, como el amable lector se puede imaginar, aún Wolff reconoce que ésta es una respuesta insatisfactoria, más no, como cualquier teórico razonable de la política podría suponer, porque resulta contraria a *toda la experiencia que la historia de la humanidad ofrece*, sino porque, a fin de cuentas, niega el postulado de la racionalidad humana. Si el estado es una institución social, nos dice nuestro autor, no es más que la totalidad de creencias, hábitos, expectativas, etc., y, por ello, hombres racionales, con completo conocimiento de las consecuencias próximas y distantes de sus acciones, podrían ser capaces de hacer a un lado el inte-

rés privado y perseguir el bien común, a través de un Estado que, ahora sí, no sea “otro”, totalmente separado de los individuos, como de acuerdo con nuestro autor es el Estado contemporáneo [78]. Si alguien reconoce aquí a la enajenación, viejo caballo de batalla de cualquier marxismo, no se equivoca. El final del texto es previsible: ante la imposibilidad de dar cuenta, desde su moralismo político, de la necesidad del Estado, Wolff voltea la mirada hacia aquel otro caballo de batalla de quien no entiende a la política, es decir, a la utopía. En este caso, se trata de una utopía de un mundo sin Estados; sin explotación o dominación [79].

El interés en la lectura y el análisis de un libro como éste radica en lo extremo del argumento y en la claridad con la que Wolff presenta un argumento profundamente equivocado. Radical porque, a diferencia de un “*libertarian*” como Robert Nozick, Wolff lleva hasta sus últimas consecuencias al argumento y termina por sostener que *ningún Estado* puede ser considerado como legítimo. Claridad porque presenta al argumento reducido a sus elementos básicos: una concepción del ser humano como básicamente racional, una concepción de la vida como dominada por imperativos morales, en la que el principal imperativo es la autonomía y el constreñimiento, impuesto por las circunstancias del mundo moderno, a esa autonomía. Si aceptamos los supuestos del argumento, la conclusión parece, en efecto, inescapable: autonomía y dominación son, en la práctica, contradictorias. No sería posible, entonces, vivir una vida moral si uno es dominado; por lo tanto, es nuestro deber resistir a la dominación. Poner una bomba para enfrentarse a la autoridad está, entonces, plenamente justificado.

No creo que valga la pena ahondar en los graves riesgos que, para la paz y la estabilidad de esta sociedad, conlleva la promulgación de este tipo de teorías. Lo que nos interesa aquí es un análisis filosófico de la corrección del argumento y, aunque no puedo agotar el tema, sí puedo señalar las críticas fundamentales al mismo.

Son de dos tipos los argumentos críticos que se pueden hacer al texto de Wolff. Uno, desde el interior del argumento, tiene que ver con las ideas de Kant sobre la política que Wolff usa como supuesto. El otro critica precisamente los supuestos kantianos de Wolff.

Primero, Kant. El uso que hace Wolff de las ideas de Kant sobre política y moral es por lo menos parcial, si no es que del todo equivocado. Según Wolff, Kant sostiene que el imperativo moral fundamental es el de la autonomía, como ya vimos. Sin embargo, Kant establece una clara distinción entre la esfera de la

moral que obliga *in foro interno* y la esfera de la política, en la que no se actúa, necesariamente, de acuerdo al deber, sino de acuerdo a las leyes del Estado y, muchas veces, coaccionado por éste último. Para Kant, como sostiene claramente en el § 44 de la *Metafísica de las costumbres*, “Experience teaches us the maxim that human beings act in a violent and malevolent manner, and that they tend to fight among themselves until an external coercive legislation supervenes”.¹ Sin embargo, Kant rechaza, explícitamente, el argumento prudencial como fuente de la necesidad de la política o, dicho de otra manera, de la necesidad y legitimidad de la coerción del Estado. Al contrario dice Kant “...even if we imagine men to be as benevolent and lawabiding as we please, the *a priori* rational idea of a nonlawful state will still tell us that before a public and legal state is established, individual men, peoples and states can never be secure against acts of violence from one another, since each will have his own right to do *what seems right and good to him*, independently of the opinion of others”.² En éste párrafo encontramos, *in nuce*, el argumento de Kant para justificar al Estado. Para Kant, hay una clara distinción entre el análisis puramente normativo de la moral, que parte del supuesto de que los seres humanos actúan como si fuesen racionales y normasen su conducta a partir de imperativos categóricos, y el dominio de la política, en el que tenemos que partir del supuesto ya no de éste individuo racional, sino de un agente que Kant describe de la siguiente manera: “... la proporción entre bien y mal característica de nuestra especie permanece invariable en la disposición y no puede aumentar ni disminuir en un mismo individuo ... la cantidad de bien entremezclado con el mal en el hombre no puede rebasar cierta medida por encima de la cual el hombre pudiera elevarse y progresar continuamente hacia algo mejor”.³

Como se puede ver en este breve resumen de algunas ideas de Kant sobre la política, él mismo reconoce que la coerción está justificada (es condición de posibilidad de la libertad y la paz) y que el análisis que ha de hacerse de la moral es

¹ Cito en inglés porque, debido al ilegal paro de labores en la UNAM, mi lugar de trabajo, no tengo acceso a la versión en español del texto. La cita está tomada de Kant, I. *Political Writings*. Hans Reiss, ed. Cambridge U.P., 1991, p. 137.

² *Loq. Cit.*

³ Kant, I. “Replanteamiento de la cuestión sobre si el género humano se halla en continuo progreso hacia lo mejor”, en *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*. Madrid, Tecnos, 1994., p. 83.

diferente del que ha de hacerse de la política, básicamente porque tienen *sujetos y objetos* diferentes. El hecho de que, en última instancia, Kant conciba a la reflexión sobre la política como subordinada a la reflexión sobre la moral y el derecho no invalida esta distinción, como los textos citados antes muestran.

Podemos ver, entonces, que Wolff parte de un argumento enormemente simplificado, que sostiene que hay, siempre, *un* solo imperativo (la autonomía), imperativo que triunfa sobre los demás y se convierte en un requisito *absoluto* de la conducta humana. A pesar de Wolff, como ya vimos, ni siquiera Kant acepta la idea de que la autonomía es el imperativo fundamental cuando discutimos política. Si salimos de la tradición kantiana y buscamos otras versiones de la naturaleza humana, que la conciben no como racional, sino como esencialmente pasional o sujeta a impulsos naturales (como en Maquiavelo, Spinoza, Hume o Nietzsche, por ejemplo), resulta que *toda* la argumentación de Wolff carece de sentido.

En resumen, lo que deseo mostrar con este breve repaso de las ideas políticas de Kant, es que éste último no cometió el grave y fundamental error que Wolff *sí* comete, que es el de usar conceptos propios de un dominio (la moral), en *otro* dominio (la política). Kant mismo reconoce que los imperativos de la conducta moral han de ser modificados cuando nos referimos a la vida pública, en la que instituciones y gobierno resultan indispensables. Aún desde la perspectiva de Kant, un autor que no reconoce la autonomía de la política, y que concibe a la misma desde el punto de vista del derecho (la política como la defensa de los derechos individuales), la autoridad política resulta legítima, pues asegura el ejercicio de los derechos fundamentales, es decir, la vida y la libertad.

Lo que sí muestra es la pretensión de buscar absolutos y de guiar a la actividad política a partir de nociones tan abstractas y tan simplificadoras de la práctica política efectiva como la de "autonomía individual". Es precisamente la búsqueda de soluciones simplistas y absolutas lo que, en la práctica, produce una política radical, alejada del diálogo y la negociación y que concibe al enfrentamiento como su estrategia básica, y a la indignación moral como su punto de partida. Son justo este tipo de concepciones las que producen terroristas y asesinatos que, guiados por absolutos morales, pierden todo respeto a los derechos humanos de los demás, como el episodio de la bomba referido antes ilustra con lamentable claridad. A fin de cuentas, la filosofía antipolítica de Wolff no es un aporte al diálogo público, ni una postura crítica al *status quo*. Es nada más una invitación a la violencia y a la destrucción de la civilización (las instituciones po-

líticas son, en efecto, muestra de civilización) en nombre de un absoluto moral y filosófico. Esto, claro, desde el punto de vista de la práctica; desde la teoría, es solamente otro aporte a la confusión y a la incomprensión de la política que la filosofía, cuando se le deja divagar sin atención a la práctica política, suele producir.